

2. Un don recibido y dado

Empecemos, pues, por profundizar en la dimensión de la **transmisión**.

"Transmitir", etimológicamente, proviene del latín *transmittere*, un verbo compuesto por *trans*, más allá, y *mittere*, enviar. Significa pasar algo de un lugar a otro, de una persona a otra, de un momento a otro, de una generación a otra. Tal vez, también podemos entenderlo en el sentido de pasar una misión, como si la misión fuera el objeto, la realidad que se está pasando.

La etimología ya nos hace entender que este término es vital para nosotros, que se trata de una cuestión que sentimos como algo fundamental, especialmente en la vida monástica. El fondo de nuestros problemas de hoy en día, ¿no sería esencialmente un problema de transmisión? Tenemos la impresión de estar a punto de terminar, que nuestra misión está llegando a su fin, que se agota, que nadie va a relevarnos. Pero ¿estamos preocupados por pasarla? ¿Tenemos una buena idea de la transmisión? Más concretamente: ¿Tenemos una idea justa de lo que es la transmisión?

Para decir "transmitir", en el sentido de la transmisión o en el sentido de la tradición, el Nuevo Testamento utiliza con frecuencia el término *para-didomi*, verbo con diferentes niveles de significado. El que nos interesa, literalmente significa: "dar algo más allá".

Esto nos hace estar ante todo atentos al hecho de que transmitir es una forma de dar, un don, por lo tanto, una forma de amor. Pero, sobre todo, la idea de transmitir conlleva un dinamismo pascual en el sentido de "pasaje", pues es un don que pasa de uno a otro. Más aún: transmitir es un hacer pasar en el que quien transmite idealmente no es ni el origen ni el destinatario del don. Es como si estuviera en medio, en la posición de alguien que sirve un don que otra persona le da a otra persona. Esto implica básicamente una disposición de humilde gratuidad, una actitud de servidor humilde que se olvida de sí mismo. Se podría decir que la verdadera transmisión es *una memoria ejercida en el olvido de sí mismo*.

Es esclarecedor ver algunos ejemplos de este significado de transmisión en el Nuevo Testamento.

Jesús es el primero que ha vivido la transmisión en este sentido, tal como él mismo lo expresa en su oración al Padre en el capítulo 17 de San Juan. Aquí el objeto de la transmisión es la palabra de Dios que Cristo transmite del Padre a sus discípulos, pero el texto nos deja entender claramente que esta palabra coincide con el mismo Jesús, la Palabra de Dios:

"Ahora, han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he transmitido las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me habías enviado." (Jn 17,7-8)

Además, Jesús añade en el mismo sentido: "Yo les he dado tu palabra" (Jn 17,14a).

Creo que se podría leer todo el Evangelio a la luz del hecho de que Jesús vivió su misión como una transmisión entre el Padre y los hombres. Y lo que Jesús transmitía era esencialmente su Persona, coincidía con su Persona. Este es también el significado de la *kenosis* del Crucificado: él se vacía de sí mismo para permitir ser transmitido por el Padre a los pecadores como Salvador, como salvación en persona, como la encarnación de la salvación.

Nosotros deberíamos partir siempre desde esta pureza absoluta con la que Jesús se entregó a nosotros, al mundo, como transmitido totalmente por el Padre a los hombres, para entender lo que significa "tradición", lo que significa "fidelidad", lo que significa "dar testimonio", etc. También lo que significa "obediencia", pues la pureza de la transmisión que Jesús encarna es una obediencia absoluta, una renuncia a concebir su propia voluntad como el origen de su don a los hombres. Obediencia que es escucha, *ob-audire*, tan bien expresado por San Benito desde la primera palabra de la Regla: *Obsculta*. Volveremos sobre ello. Sin embargo, es importante no perder de vista la humildad absoluta con la que Jesús se ha dejado transmitir a sí mismo por el Padre a la humanidad. Y el don del Espíritu no es si no, por así decirlo, *la transmisión de la transmisión del Hijo*.

No sé cómo expresarlo, pero no se trata de explicarlo, sino de dejar que se manifieste el misterio del Divino Amor Trinitario; se trata de contemplarlo, de meditarlo en nuestros corazones como María, de recibir la única luz que ilumina todo sin crear nuevas sombras.

A menudo, reducimos la imitación de la obediencia de Jesús a algo formal y funcional. Sin embargo, nuestros votos no deberían tener otra sustancia más que el amor de Cristo, que se deja transmitir totalmente por el Padre a la humanidad para alcanzar la salvación universal.

La primera pregunta que debemos hacernos, el primer examen que debemos hacer sobre nosotros mismos, sobre nuestras comunidades, sobre nuestra observancia, sobre nuestras costumbres, debería partir de este centro del acontecimiento cristiano y permanecer allí: que la salvación del mundo se encuentra en Cristo que el Padre transmite a la humanidad. Mejor aún: que la salvación del mundo está en Cristo, que se deja transmitir totalmente por el Padre a la humanidad.

La cuestión es si entonces concebimos nuestra vocación y nuestra vida monástica a la luz de este centro. ¿Vivimos en el monasterio al servicio de la transmisión de Jesucristo? ¿Vivimos nuestra fidelidad monástica al servicio de la transmisión de Jesús? ¿La vivimos como transmisión de Jesús en la totalidad con la que Jesús se dejó transmitir del Padre al mundo? Jesús no vive su misión como transmisión de un mensaje, como transmisión de una moral, como transmisión de un rito, como transmisión de un ejemplo. La vive como una transmisión de toda su Persona, de todo lo que es: Dios y hombre; cuerpo, alma y espíritu; de todo su corazón, de todas sus relaciones divinas y humanas. ¿Vivimos nuestra vocación, pensamos en nuestra vocación a la luz y como encarnación de *esta* tradición, de *esta* transmisión exhaustiva de Cristo?